Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XL | San José, Costa Rica **1943** Sábado 17 de Julio | No. 12

Año XXIV — No. 964

Portada . . . . *Olger Salas*

Volviendo a Pérez Galdós . . . . *Luis Alberto Sánchez*

Pérez Galdós . . . . *Gabriel Trillas*

Centenario de Pérez Galdós . . . . *Salvador Mendieta*

Versos . . . . *Eduardo Carranza, Jorge Rojas y Centeno Güell*

Madurez de la muerte . . . . *Gonzalo Escudero*

Prosa . . . . *R. Brenes Mesén*

Dos páginas de la novela *El puente de San Luis Rey* . . . . *Thornton Wilder*

José Hernández Vázquez: un hombre . . . . . *Román Jugo*

Internacionalismo democrático sin Imperio . . *Haya de la Torre*

Itinerario de Antonio Montalvo . . . . *Augusto Arias*

Versos . . . . *Antonio Montalvo*

Noticia de libros

El suicidio del Mahatma . . . . *Luis de Zulueta*

El corazón, víscera olvidada . . . . *Emilia Prieto*

Hablemos claro . . . . *Angel Zúñiga Huete*

Que lo resuelvan los jóvenes . . . . *Juan Ramón Jiménez*

Discurso en el acto de inaugurarse la estatua de Don Mauro . . . . *Anastasio Alfaro*

Autos Profanos . . . . *José Rejano*

Centenario de Pérez Galdós

Por **Salvador Mendieta.**

(En el *Rep. Amer.*)

Acaba de conmemorarse en Las Palmas, Canarias, y supongo que en toda España, el centenario de don Benito, del insigne, fecundo y polifacético don Benito, cuyo solo nombre encarna la grandeza del pensamiento español en la segunda mitad del siglo XIX y en las primeras décadas del XX.

En alguna parte he leído que desde el punto de vista de las ideas y de los sentimientos fundamentales no existe una España, sino dos Españas, completamente antagónicas y, a juicio de muchos, definitivamente irreductibles: la España de las cartas pueblas, del justicia mayor, de los comuneros, del juramento de Santa Gadea, de las Cortes de Cádiz y de las dos repúblicas; y la España de don Pedro el Cruel, de Felipe II, de la Inquisición, del favoritismo, el compadrismo y el familismo englobados dentro del caciquismo y cristalizados en el pretérito Fernando VII y en el actual Generalísimo Franco.

Hay dos escritores del siglo XIX que personifican bien esas dos Españas antagónicas.

Uno es el insigne erudito e intransigente reaccionario Menéndez Pelayo; y otro, Pérez Galdós, el formidable polígrafo que ha resumido en tomos de valor sin tasa, la psicología, el carácter y los hechos del pueblo español, con el más profundo conocimiento de su Historia y de su Sociología y con la más clara comprensión de sus destinos.

Y dicho esto, claro está que Pérez Galdós no sólo no es un estático reaccionario que cae en catalepsia mirándose de continuo el ombligo de una agotada fuente de vida, sino que es un dinámico propulsor de ideas transformadoras y un fervoroso cultivador de sentimientos altruistas que simbolizan el más hermoso aspecto del carácter español, la mundialidad, el humanismo, la más auténtica catolicidad aplicada en el recto sentido de la palabra.

La gigantesca erudición de Menéndez Pelayo es para los destinos del pueblo español lo que uno de aquellos enormes *icebergs* de los mares glaciales, mientras que la poligrafía de Pérez Galdós es la mar sin límites, hirviente de vida y agitada de continuo por brisas, chubascos y huracanes, interrumpidos por días u horas de bonanza, de tiempo amoroso y dulce, nunca por calma chicha.

La obra realizada por Pérez Galdós no se concreta a los límites estrechos del territorio de España y ni siquiera al de la Península integral de los iberos, sino que tiene la vastedad inconmensurable del mundo de habla española y portuguesa; es, de cierto, la cristalización de uno de los más nobles aspectos del carácter humano, de la variedad latina de ese carácter, de la familia hispánica que pronuncia el sí lo mismo en Europa que en América, en Africa, en Oceanía y en el Asia que conoció el pan con la llegada de los primitivos misioneros ibéricos,

Representa Pérez Galdós la mundialidad del carácter español, o sea su derecho a sobrevivir por los siglos de los siglos y a honrar a la humanidad en uno de los aspectos más generosos de sus actividades,

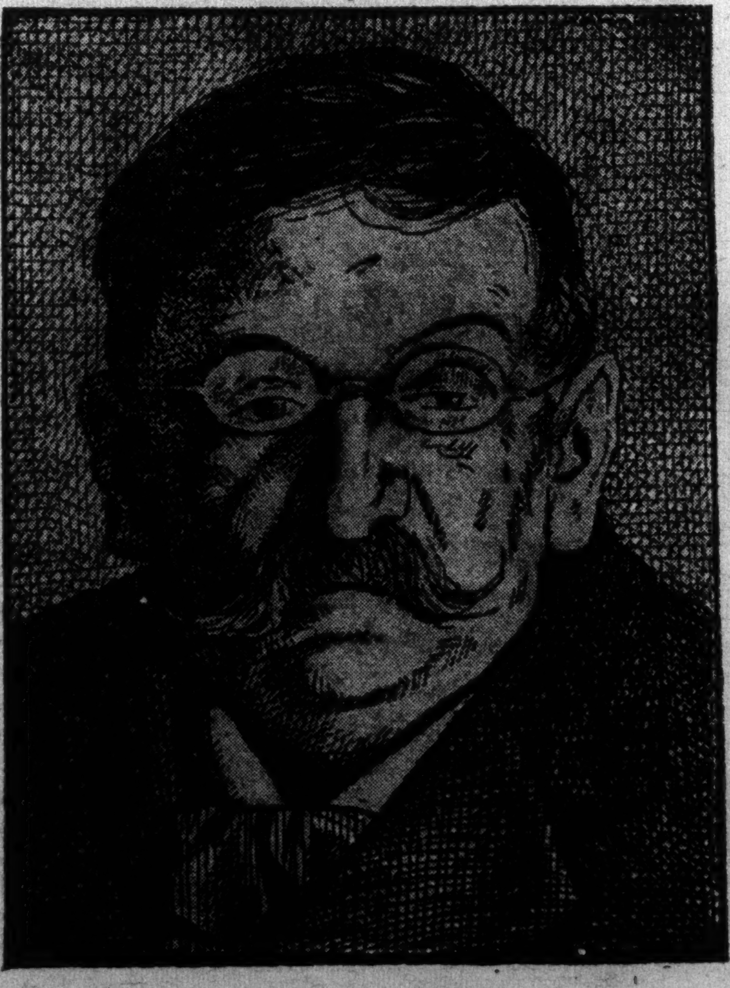
¿Son irreductibles la tendencia dinámica de Pérez Galdós y la estática de Menéndez Pelayo, personificaciones ambas de las dos Españas antagónicas a que me he referido?

No creo que sean irreductibles al final de cuentas: El *iceberg* por enorme que sea su altura sobre las aguas y por gigantesca que sea su base submarina, tendrá que disolverse cuando sea arrastrado por la tibia corriente del *gulf-stream* de las ideas renovadoras y sea conducido al mar sin límites, de agitadas aguas, que representa la idea fundamental de Pérez Galdós, o sea de una España guiadora de la humanidad, desde los tiempos del vidente Séneca que se sintió ciudadano del mundo y adivinó la América hasta los de Castelar que hizo irradiar su verbo para la Humanidad entera, libertando a los negros.

Cuando el tiempo me lo permita pienso dedicar a la obra invaluable de Pérez Galdós una serie de conferencias que dictaré en la Universidad de San José de Costa Rica.

Hoy, apremiado por graves atenciones y por los preparativos para un largo viaje sólo consagro estas pocas líneas al grande hombre ante quien debemos inclinarnos con admiración, respeto y amor cuantos formamos parte del bloque racial hispano-luso-parlante, y cuyo centenario de nacimiento acaba de cumplirse.

Jinotepe, Nicaragua,
19 de mayo de 1943.



B. Pérez Galdós

Versos que me gustan

(Envío de Yolanda Oreamuno, en San José de Costa Rica).

SONETO A TERESA

Teresa en cuya frente el cielo empieza
como el aroma en la sien de la flor:
Teresa la del suave desamor
y el arroyuelo azul en la cabeza.

Teresa en espiral de ligereza
y uva y rosa y trigo surtidor;
tu cuerpo es todo el río del amor
que nunca acaba de pasar, Teresa.

Niña por quien el día se levanta,
por quien la noche se levanta y canta
en pie sobre los sueños, su canción:

Teresa, en fin, por quien ausente vivo,
por quien con mano enamorado escribo
por quien de nuevo existe el corazón.

Eduardo Carranza.
(Colombiano).

MATERIA DE LA SANGRE

Yo conozco tu íntima estructura,
arroyuelo de instantes, tallo leve
donde florece el sueño y no se atreve
a doblar tu precaria arquitectura.

Arbol de llanto, río de amargura,
surtidor de tristeza, rama breve
donde se posa el alma, que se mueve,
alada, con su cuerpo de dulzura.

De mi madre —rosal perecedero—
eres la flor, rodando por mis venas
llamándome mi nombre verdadero.

Y aunque siento tus tácitas colmenas
zumbar dentro de mí, soy prisionero
atado a tus recónditas cadenas.

Jorge Rojas.
(Colombiano)

ROMANCE DE LA VOZ AZUL

Alba luz, tu voz,
trino leve,
perdurable en el recuerdo,
llora, llora,
en el roto silencio,
insistente
como niño enfermo...
Voz azul, oída siempre.
Voz material como tu cuerpo.
Alba luz, voz presente,
—en la distancia lejos—
Voz en horas que marca
el reloj sin carátulas del tiempo.
Voz azul,
van rodando tus ecos
cual caravana
de tordos camellos,
que llevan a lomos
procesión de sueños.
Alba luz, alba luz
tu voz! La oigo y la veo:
sonido áureo
material como tu cuerpo.
(¿Recuerdas? Como tu cuerpo: desnudo
en tus siete velos,
punzando la noche
pezones erectos).
Nardo y luna
sonoros, te has hecho.
Alba luz: voz azul, presente,
—pretérita en el tiempo—
prisionera aquí
en el caracol del recuerdo.

Centeno Güell.
(Costarricense).

Madurez de la muerte

(En el *Rep. Amer.*—Del libro *Altanoche*, próximo a publicarse).

Toda la noche de espadas negras,
los hombres fabricaron una aurora
envasada en el verde puro de las botellas,
para una sed crecida en las gargantas
y atizada en la flama de las lenguas.
Aurora de agua y aire,
de cielo y tierra,
como esperada no venida,
como venida nunca entera.
Mientras tanto crecieron colmillos en las lianas,
bastos en los sarmientos y puños en las piedras.
En un lagar de angustia,
tantas heridas fueron pulpa y piel de cerezas,
y tantos ojos amarillos,
racimos de uvas tiernas.
Desde entonces los hombres andan borrachos
del vino de la muerte ligera,
sin sal ni sol del mundo,
a horcajadas en la arcilla prieta,
sin tacto de los días, los meses y los años
en este calendario de candela,
plantados los laureles de los huesos lirondos
como arcos de una orquesta,
y la boca baldía
sin hambre vegetal de fruta, moza o estrella,
sin memoria de miel en cántaro
y miel en pechos de colinas frescas,
duros de calcio y quemantes de fósforo,
flor, resina y madera.

Violones calcinados
por los bengalas de una fiesta,
si al menos estos brazos izaran
las gaitas de los vientres en las cuerdas
de los dorados intestinos
contra las nubes forasteras,
contra el humo pirata de paisajes,
contra el viento rapaz del oro de la arena,
contra la lluvia verde,
máquina de coser cordilleras.
Estos muertos están conmigo
en geometría de línea recta,
infantería de ángeles
con fusiles de niebla
para matar estatuas vivas
de gozo en lunas llenas.
Estos muertos están conmigo
en creciente de mar, pampa y meseta,
de alga, raíz y liquen,
de tromba y torrentera,
al norte, al sur, al este y al oeste
de la angustia unigénita,
árbol del grito,
trueno domador de centellas,
almáciga del huracán piafante
y del océano en resaca de hembra.
¿Qué pueden nuestras manos
diestra y siniestra
contra esta madurez de la muerte
en zafra de tormentas?
Si hay un reloj menudo que nos roe,
burbuja con las patas de abeja
y una fugaz respiración de hormiga,
el corazón de almendra,
cada vez más enfermo
de altura eterna.

Gonzalo Escudero.

Quito, Ecuador, 1940.

Prosa

(En el *Rep. Amer.*)

Y sin embargo al molieresco Monsieur Jourdain no le faltaba razón. ¿Quién, sin haberlo mal aprendido, supo alguna vez que la prosa es cosa diferente del verso? En realidad es ésta una noción tradicional, sin mucho fundamento en la naturaleza esencial de las cosas. Quien habla en prosa está recitando versos. La excelente prosa de todas las lenguas posee una estructura armónica, una composición de verso libre, de sustancia musical. Su diferencia yace, no en la naturaleza, sino en la distribución del ritmo. Prosa sin ritmo no existe. Puede haber una desventurada distribución de este ritmo, ya por falta de oído, ya por falta de emoción, ya por carencia de remontados pensamientos. Porque esto, noble pensamiento y viva emoción, son consustanciales con el ritmo. Nacen con un halo de música. Y la forma labrada para contenerlos puede ser verso o prosa. Si hay una distribución graciosamente simétrica del ritmo, brota el verso. Si la gracia de esa simetría se disipa un tanto, la prosa surge. La prosa es, pues, un verso más libre; es la natural progenie del verso. En ninguna de las literaturas antiguas o moder-

nas ha existido la prosa antes que el verso. Las narraciones místicas, legendarias o históricas fueron fragmentos sustraídos de grandes himnos o poemas arcaicos. Las declaraciones oraculares, los embrujados encantamientos, las insondables sentencias de la sabiduría atribuída a los dioses, a juzgar por los más arcaicos fragmentos que nos quedan, en las lenguas originales tuvieron ritmo de canto, esto es, verso musical.

Curioso es que la sabiduría de todas las edades, en su expresión más pura, posee el ritmo y el número del verso.

La prosa en la melódica estructura del verso tiene su cuna. Los grandes prosadores alguna vez en su vida escribieron verso. Curioso es mirar también cómo las más elevadas religiones de los pueblos consideran sagrados los poemas en que se contienen sus verdades eternas. No hay grande religión que no tenga su manantial de vida en un poema o en un conjunto de poemas. Nació el verso en los templos, bajo la inspiración de los dioses. En el hogar, de vida menos intensa de la del templo, surgió la prosa. La poesía, combinación de dos palabras fenicias que los griegos acogieron por suya, significa palabra divina, verbo de Dios. La prosa es la rítmica voz de los hombres en su magnífica ascensión a los dioses. Escribir prosa excelente es acercarse a lo más alto. Su ritmo es de marea; repite el ritmo que anima los mundos.

R. Brenes Mesén.

Costa Rica, 1943.

Dos Páginas de Thornton Wilder

(Sacadas de su preciosa novela: *El puente de San Luis Rey*. Editorial España. Madrid. 1930).

La abadesa Madre María del Pilar y sus visiones

La abadesa era uno de esos seres que han consentido en la anulación de su vida, por haberse enamorado de una idea varios siglos antes del momento fijado para su orto en la historia de la civilización. Día tras día, obstinábase contra la terquedad de su tiempo, poseída por el deseo de conferir una cierta dignidad a la mujer. A media noche, cuando había terminado de sacar las cuentas del establecimiento, solía caer en delirantes visiones de una época en que las mujeres podrían organizarse para proteger a la mujer: la mujer que viaja, que sirve y que trabaja, la mujer cuando es vieja o está enferma, la mujer que había visto en las minas del Potosí o en el taller de los lenceros, y la mujer que había recogido bajo los soportales en las noches de lluvia. Pero siempre, a la mañana siguiente, veíase obligada a afrontar el hecho incontrovertible de que las mujeres en el Perú, empezando por sus mismas monjas, pasaban a través de la vida con dos ideas solamente; primera: que todas las desgracias que podían ocurrirles debíanse simplemente al hecho de no ser lo bastante atractivas para obligar a un hombre a su mantenencia; segunda: que todas las miserias de este mundo eran nada en comparación con sus caricias. Ella no conocía más comarca ni paisaje que los aledaños de Lima, y suponía que la corrupción reinante era el estado normal de la humanidad. Cuando, desde nuestro siglo, volvemos la vista hacia el suyo, adviértese bien claramente lo absurdo de su esperanza. Veinte mujeres como ella no habrían conseguido abrir el menor surco en aquella época. No obstante, ella continuaba trabajando con todo ahinco en su misión, semejante a la golondrina de la fábula, que cada mil años transportaba un grano de trigo, esperando levantar así una montaña que llegase hasta la luna. En todas las épocas han surgido seres de esta guisa: tenazmente, empéñanse en transportar sus granos de trigo y casi diríase que gozan con el escarnio de los espectadores.

Su faz rubicunda expresaba una gran bondad, y más idealismo aún que bondad, y todavía más espíritu de mando que idealismo. Toda su obra, sus hospitales, su orfanato, sus súbitas excursiones de salvación, dependían del dinero. Nadie abrigaba una mayor admiración por la bondad pura, pero ella sabía cómo tuviera que sacrificar su benevolencia, y casi su idealismo, al espíritu de mando, tan tremendas eran las luchas para obtener los más indispensables subsidios de sus superiores eclesiásticos. El Arzobispo de Lima, al que más tarde habremos de conocer, en ocasión menos ingrata, la detestaba con lo que él llamaba un "odio vatiniano" (*), declarando la ausencia de sus visitas como una de las compensaciones que habría de depararle la desaparición de este mundo.

Ultimamente, había sentido, no sólo el soplo de la vejez sobre sus mejillas, sino también una más grave admonición. Un calofrío de susto la había sacudido, no por ella misma, sino por su obra. ¿Quién había en todo el Perú que diese un valor cualquiera a aquellas cosas que en tanto tenía ella? Y levantándose un día al toque del alba, había recorrido apresuradamente su hospital, su convento y orfanato en busca de un alma que poder educar como sucesora. Febrilmente, había pasado de rostro en rostro, hallándolos todos irremediablemente vacíos de lo que ella necesitaba encontrar, y cuando se detenía un poco más en alguno era más por ansia de esperanza que por convicción. No obstante, al llegar al patio, he aquí que tropezó con un grupo de muchachas dedicadas a la costura, y sus ojos fueron a posarse, como atraídos por un imán natural, en aquella que parecía dirigirlas, a la par que les narraba los milagros menos verosímiles de Santa Rosa de Lima. Y así fué como su búsqueda vino a terminar en Pepita. Educar para la realización de grandes cosas, es ya siempre tarea ardua, pero en medio de las susceptibilidades y celillos de un convento aún lo es más, y tiene que ser llevada a cabo con los más extraños rodeos. Designada para los más ingratos quehaceres del establecimiento, Pepita pudo, en cambio, darse cuenta cabal de los dispersos a diversos aspectos de su administración; y aunque no fuese sino con el modesto cometido de velar sobre los huevos y las verduras, ella era siempre la que acompañaba a la abadesa en sus viajes. Y he aquí que en todas partes y del modo más inesperado, siempre había algún momento en que la directora surgía como por escotillón y hablaba largamente con ella, no sólo de cuestiones religiosas, sino también de cómo se debía manejar a las mujeres y organizar enfermerías para los contagiosos y sacar dinero al prójimo.

(*) Odio de aventureros y malhechores, o de bufones y espías, tan deformes de cuerpo como de alma.

Había en Lima una cosa...

Al cabo de algún tiempo, el Virrey preguntó a la Perrichola si la divertía tener algunos invitados discretos en sus cenas nocturnas, y si le gustaría conocer al arzobispo. Camila se declaró encantada. E igualmente encantado se declaró, por su parte, el arzobispo, que envió a la actriz, la víspera de su encuentro, una esmeralda del tamaño casi de un naipe.

Había en Lima una cosa, envuelta en varias yardas de seda violeta, de la que emergían un vasto cráneo de hidrocefálico y dos manos gordezuelas y nacaradas; esta cosa, era el arzobispo. Entre las roscas de carne que los ro-

deaban, surgía la mirada de dos ojos negros, que delataban la inquietud, la benevolencia y el ingenio. Una alma curiosa y ávida se hallaba aprisionada en toda aquella grasa, pero a fuerza de no negarse jamás un faisán o una oca, ni su diario cortejo de vinos romanos, él mismo había venido a ser su despiadado carcelero. Como, a pesar de todo, era sinceramente devoto, y con tanto amor a su catedral como a su ministerio, algunos días no podía menos de considerar su obesidad con tristeza; pero el dolor del remordimiento era sin duda menos punzante que el del desayuno, y pronto se le encontraba meditando sobre los secretos mensajes que un cierto asado envía a la cierta ensalada que ha de sucederle. Por otra parte, para castigarse a sí mismo y como penitencia de aquella gula inveterada, imponíase una vida ejemplar en todos los demás respectos.

El arzobispo había leído toda la literatura de la antigüedad y olvidado luego todo lo que a ella se refería, fuera de un aroma general de encanto y de desilusión. Igualmente, había sido muy docto en materia de concilios y Padres de la Iglesia, pero ya nada recordaba de ello, excepto una vaga impresión de querellas y discusiones que nada tenían que ver con el Perú. Del mismo modo, había leído todas las obras maestras italianas y francesas de la literatura libertina, pero éstas, a diferencia de aquéllas, eran releídas asiduamente; y aun en medio de los tormentos del mal de piedra (felizmente diluída por el agua de un manantial de Santa María de Cluxambuca), nada alcanzaba a encontrar más reconfortante que las historietas de Brantôme y del divino Aretino.

Su Ilustrísima sabía que todos los curas del Perú eran unos pillos; y sólo su delicada educación epicúrea le impedía el proceder contra ellos, viéndose obligado a repetirse una y otra vez sus principios fundamentales: que la injusticia como el infortunio son males inevitables en este mundo; que la teoría del progreso es una ilusión; y que los pobres, no habiendo conocido nunca la felicidad, son insensibles a la desgracia. Como todos los ricos, no lograba convencerse de que los pobres (¡ved sus casas, ved sus vestiduras!) pudiesen sufrir realmente. Como todos los hombres cultos, creía que solamente de los muy leídos podía decirse que se daban cuenta *positiva* de su infortunio.

Sin embargo, una vez que atrajeron su atención sobre iniquidades cometidas en su diócesis, parece que estuvo a punto de hacer algo. Enteróse, en efecto, de que los curas comenzaban a implantar en el Perú la costumbre de exigir dos medidas de trigo por una absolución pasadera, y cinco por una de primera clase; y parece que el hecho hubo de indignarle. Trémulo de una santa ira, ordenó con voz tonante a su secretario que le trajese recado de escribir, anunciando que se disponía a lanzar un aplastante mensaje al clero de su diócesis. Pero he aquí que no quedaba una sola gota de tinta en el tintero, ni la había en ningún rincón del palacio arzobispal. Este estado de cosas, en su propia sede doméstica, causó tal impresión en el bondadoso prelado, que hubo de caer enfermo, a causa de los diferentes furores combinados, aprendiendo así a precaverse, de allí en adelante, contra todas las posibles indignaciones.

José Hernández Vásquez: un hombre

(En el *Rep. Amer.*)

Hacía yo mis primeras armas en la carrera judicial, como Alcalde del cantón de Mora, en Villa Colón. Un día lo trajeron detenido a mi oficina unos guardas fiscales. Recibí la denuncia que contra él hacían. Manifestaron haber aprehendido en un terrenito de propiedad de Hernández, en diversos lugares del mismo y de la choza en que vivía, una lata de gasolina vacía, una tapa de madera y un calabazo o huacal con un agujero. Los guardas, con lujo de detalles, hicieron encajar la tapa en la lata de gasolina y sobre dicha tapa montaron el huacal, al par que me explicaban que en el agujero del mismo podía insertarse una "culebrina", con lo cual quedaría debidamente montado un "alambique" o fábrica rudimentaria de aguardiente clandestino. Seguidamente me entregaron a Hernández para que lo interrogara. Me fijé entonces en él. Era un indio puro, alto y huesudo, con dos asomos de bigote en las comisuras de los labios. Durante el intrrogatorio a que lo sometí, se mostró sereno y explicó que la lata de gasolina era suya y la utilizaba para cocinar "guineos" (efectivamente se encontraba casi totalmente chamuscada); que el huacal lo había encontrado en su terreno y lo había llevado a su rancho sin saber exactamente qué pensaba hacer con él y, en cuanto a la tapa de madera, que era simplemente la tapa de la lata en cuestión. Todo esto parecía tan claro y sencillo como el hombre que yo tenía enfrente. Podía ser efectivamente así... y podía ser también lo que los guardas fiscales deducían. Lo cierto es que en los delitos contra el Fisco, como el que se le imputaba a Hernández, no existe la posibilidad de obtener excarcelación antes de la sentencia y lo que procedía era remitir al indiciado junto con las pruebas a la Penitenciaría de San José y mantenerlo ahí a la orden del Juez Penal de Hacienda, con lo cual terminaba mi intervención en el asunto. Pero Hernández empezó entonces a hablarme de su vida, a referirme cómo trabajaba él solo en ese terrenito de la montaña, que constituía todo su haber. Cómo había sembrado su maíz y no tenía a nadie que se lo recogiera, por lo cual, si era enviado inmediatamente a la cárcel, perdería el fruto de todo su trabajo. Ya tenía yo tiempo suficiente de trabajar en esas regiones para comprender lo que significaban las palabras de este indio. Ya había podido yo darme cuenta de la vida de estos campesinos resignados que luchan a brazo partido contra la adversidad, bajo las inclemencias del tiempo, sin otra perspectiva que la diaria subsistencia. De muy lejos habían traído a Hernández: de allá, donde su lucha era un jalón humano plantado en el monte. Me era fácil imaginar su figura larga y enjuta, destacándose erguida contra los troncos de los árboles, activa y silenciosa... Allá estaba su mundo, su mundo ancho y verde, lleno de soledad y de trabajo, lleno también de libertad y de grandeza. Aquí, unos funcionarios huraños, metidos en un cuarto estrecho y sofocante, cuajado de papeles, los cuales se interponían en su vida como una pesadilla incomprensible... Sus ojos, llenos de horizontes inmensos, tenían que entrecerrarse para mirarnos: ¡había en ellos hambre de echar a correr para no vernos, como se olvida un mal sueño para volver a vivir! sin embargo, todo esto era absurdo desde el punto de vista legal. ¿Qué tenía que ver mi sentimentalismo con las leyes y con mi obligación de cumplirlas, como funcionario judicial que era? Pero empezó a crecer en mí un gran anhelo de poner a prueba la sinceridad de aquel hombre, aun a costa de mi prestigio personal. Se me adentraba cada vez más la idea de pactar con él... Súbitamente empecé a hablar, quizá sin que yo mismo me diera cuenta del momento en que lo hice: le propuse dejarlo ir a su rincón de la montaña, para que recogiera su maíz y pusiera en orden sus cosas, con la condición de que había de volver el lunes siguiente a entregarse a la autoridad (era un viernes). Recuerdo perfectamente la mirada de asombro que desde su escritorio me dirigió el Secretario de la Alcaldía, magnífico funcionario y amigo leal de mi vida de entonces. Yo mismo sentía que, como Alcalde, me estaba comportando en una forma ridícula y estaba seguro de que así lo pensarían mis superiores si se enteraban de ello. Si Hernández se fugaba, valido del permiso que yo le concedía, ¿cómo iba yo a explicar satisfactoriamente mi actitud? Pero yo sentía profundamente la necesidad de confiar en él, quería saber si todavía había algún motivo para conservar la fe en el género humano, esa fe que más de una vez había sentido flaquear dentro de mí. E insistí en mi oferta, eso sí con la advertencia de que si no se entregaba en el tiempo prometido, sería perseguido por toda la República. Bien sabía yo lo poco efectiva que sería la tal persecución para un indio refugiado en sus montañas, pero era mi miedo el que trataba de despertar

el suyo para defenderme. El indio me dió su palabra de que, a la hora de abrir la Alcaldía el lunes siguiente, estaría esperándome en la puerta, y lo dejé partir. Apenas hubo salido de la oficina cuando mi Secretario, con todo el calor que su bien probada voluntad hacia mí le dictaba, me llamó la atención sobre mi ingenuidad al confiar en ese hombre, aun cuando manifestó comprender las razones que me impulsaron a hacer lo que hice.

Yo pasé tres días de angustia, pensando en mi modesta carrera judicial truncada por el ridículo, al par que reflexionaba: ¿en qué pararía la justicia si todos los funcionarios judiciales estuvieran dispuestos a confiar en la palabra de los reos en la forma en que yo lo he hecho?

Había llegado casi a arrepentirme de mi suavidad de carácter cuando el lunes, al llegar a la oficina por la mañana, encontré sentado sobre el zacate, frente a la puerta y comiendo tranquilamente un "gallito" que había traído consigo, al indio José Hernández Vásquez. ¡Cómo creció a mis ojos la figura de aquel hombre...! El sabía perfectamente lo que la esperaba al volver, sabía que sus montañas eran garantía de su libertad, sabía que lo único que lo ataba a la cárcel era una palabra suya dada al Alcalde del pueblo, a quien no había visto más que una vez en su vida; sabía que por cumplir esa palabra había de renunciar a su monte, a sus árboles, a su sol, a su tierra, a su rancho, a su libertad, que era renunciar a ser él mismo.... Y sin embargo, ¡volvió! ¡Con qué orgullo le mostré yo al Secretario a ese hombre! ¡Era la prueba viviente de mi fe en el género humano! Y, ¡con qué mezcla el placer y el dolor lo escuché mientras me refería cómo había arreglado sus cosas y se había venido a pie desde la madrugada, llevando su almuerzo para comerlo frente a la Alcaldía, con el fin de llegar temprano a la cita...! Y el premio que yo tenía para él era la prisión... Hubiera sido mejor para mí no haber podido aquilatar el valor moral de este presunto delincuente...

Esa mañana llegó a mi oficina un abogado de la capital a estudiar un expediente que le interesaba. Aproveché la coyuntura para recomendarle sus servicios a Hernández, con el fin de que éste lo nombrara defensor ante el Juez Penal de Hacienda, porque supuse que este pobre hombre de las montañas no conocía a ningún abogado. Y luego de que se hubieron entendido ambos, dí los pasos necesarios para que Hernández fuera trasladado a la Penitenciaría de San José.

Pasaron tres meses. Un día recibí una carta de Hernández (probablemente algún compañero escribió por él), en la cual, desde la prisión, me manifestaba que nada sabía del juicio seguido en su contra. El simple hecho de que todavía se dirigiera a mí me hizo comprender que no se había dado cuenta de lo que significaba su propio caso, pues no dependía de mí sino del Juzgado Penal de Hacienda: así llegué a la conclusión de que el abogado a quien lo recomendé y al cual, no sé por qué conducto, supe que Hernández le había dado dinero —su escaso dinero tan dolorosamente ganado— no había hecho nada por él.

Ignoro el resultado de la causa criminal contra el presunto contrabandista llamado José Hernández Vásquez... Aun, más: me es indiferente. Por encima de ella, por encima de la rapacidad del leguleyo en cuyas garras lo puse, más allá de lo justo o injusto de la imputación legal, siempre quedará como una figura que se sale del marco que trata de aprisionarla, la imagen de este indio valeroso y sencillo, proyectada hacia lo alto y destacándose sobre todos los que lo rodeamos entonces, como ha de destacarse un hombre entre los pigmeos.

Y cuando recuerdo cómo, desde su rincón montañoso (donde no hay leyes, ni civilización, ni progreso, ni papeles, ni firmas, ni tratados de moral) vino un indio limpio y recto a enseñarle a un Alcalde de pueblo la manera de cumplir con la palabra empeñada no puedo arrepentirme de mi tan poco legalista ingenuidad...

Román Jugo.

Costa Rica, junio de 1943.

Escribe Haya de la Torre

Inter-americanismo demócratico sin Imperio

(*Envío del autor*)

Los prohombres del Gobierno de los Estados Unidos han hecho en las últimas semanas las mas importantes declaraciones contra el imperialismo y al favor de la Buena Voluntad Democrática que se hayan oído nunca en Indoamérica de labios de tan autorizados portavoces.

Ellos han sido: el Presidente y Vicepresidente de la gran República del Norte, y para que no faltara la ratificación del sector diplomático siempre cauteloso y frío, ha hablado también por la Secretaría de Estado Mr. Sumner Welles.

No sé todavía si en Chile y en otros pueblos hermanos de Indoamérica hayan producido los discursos a que me refiero el profundo efecto que han causado en el Perú. Pero en elogio merecido de la fina sensibilidad política del pueblo peruano debo decir que— a pesar del silencio obligatorio de la prensa censurada—, las dclaraciones anti-imperialistas de los dos primeros ciudadanos de Estados Unidos y el espaldarazo oratorio que rotundamente les ha dado Mr. Welles, han sido para las grandes masas ciudadanas de este país noticias que hace época.

Hasta ahora los vocablos *Imperialismo, Diplomacia del Dólar, Dictadura financiera*, etc. eran términos del llano. Los había proferido el pueblo o los pueblos indoamericanos en veinte años de tenaz cruzada liberatriz ante el creciente peligro de la expansión capitalista yanquí. Pero nunca habían sido reconocidos y usados por un gobernante o por alguna figura oficial de primera fila de los Estados Unidos.

El 8 de mayo del año pasado, Mr. Henry Wallace dió la primera voz anti-imperialista. Un mes después, en términos restringidos y más generales, Mr. Sumner Welles usó peyorativamente la palabra "imperialismo" y anunció que su prevalencia terminaba con esta Guerra. Pero ha sido con motivo del viaje del Vice-Presidente a los países del Pacífico indoamericano y con ocasión del homenaje que Roosevelt ha rendido a México yendo en busca de su Presidente, que se han escuchado las más insólitas declaraciones antiimperialistas de los dos primeros personajes políticos de los Estados Unidos. Y para que no faltara la refrendación de la prudente oficina que todo lo debe pesar, medir y calcular, el más caracterizado de los subsecretarios del State Department ha historiado y excecrado los actos de agresión e interferencia armada que caracterizan la tristemente célebre "Diplomacia del Dólar", en su discurso a los rotarios de Nueva York.

Acaso si no fuera por el fragor de la guerra, las palabras extraordinarias de Roosevelt y Wallace y el enfático visto-bueno de la Secretaría de Estado, habrían significado para nuestros veinte pueblos un acontecimiento extraordinario y memorable. Quizá si no estuviera tan conturbada por problemas internos y menores la mente de nuestros gobernantes, habrían respondido de inmediato a promesas tan solemnes como trascendentanles. Tal vez si la prensa "grande" no hubiera negado, tan rendida, antes de ahora la existencia del imperialismo, habría cumplido misión moral y patriotica al agradecer, jubilosa, en nombre de un Continente, que se nos prometa no agredirnos, ni intimidarnos ni tiranizarnos, ni explotarnos; ni ayudar a que se nos agreda, intimide, tiranice y explote...

Pero, culpemos a la Guerra! Porque el silencio de gobernantes y prensa —yo agregaría el de los partidos democráticos también, juventudes y organizaciones obreras, etc.— puede desalentar a quienes nos anuncian la verdadera libertad y hallan en nosotros a los que parecen ignorar de qué se trata.

Comentando editorialmente el "New York Times" las francas declaraciones antiimperialistas del Presidente Roosevelt en su excelente

(*Concluye en la página 190*).

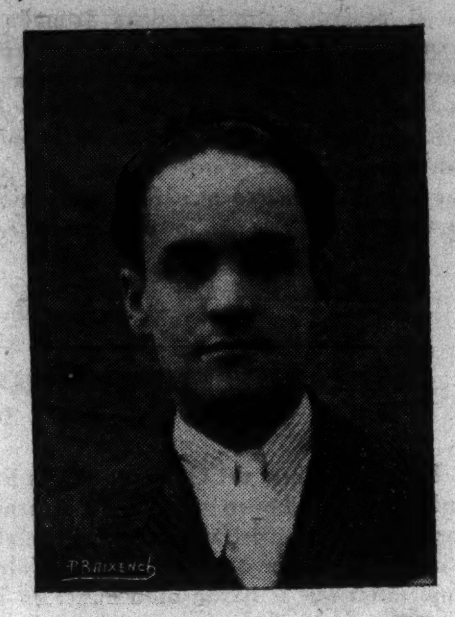
Itinerario de Antonio Montalvo

Por **Augusto Arias.**

(En el *Rep. Amer.*)

Una emoción lírica, sostenida y atemperada a la vez, es la que anima los pasos de este Camino de Antonio Montalvo. Suele ocurrirnos que frente a un libro de versos nos hallemos con la sorpresa de no encontrar poesía. Se trata, entonces, de repasares musicales, más o menos sensitivos, de diapasones melódicos que no han conseguido la esencia creadora de fijar en la página lo que fue nuestro dolor o nuestro goce, autenticados y elevados en gracia de la poesía. En Camino *de* Antonio Montalvo, *dentro de un discreto tono confidencial que se aviene exactamente con el sentido de la poesía lírica que es la historia de un alma, las notas de un dietario anímico, aún las que pudieran parecer más fugaces, quieren perennizarse justamente por lo que la poesía es asidero aún para la emoción fugitiva. Leyéndolo, pensamos en cómo habríamos de darnos a la secuela de un tormento si en nosotros estuviera, como presente, el garfio de una pasión frustrada, y asimismo, cómo la evaporación de un sentimiento doloroso, se torna casi en la dulcedumbre de un recuerdo, cuando ha sido expulsado por la voluntad del arte que dota de vitalidad a nuestros fantasmas internos y los destina ya para más luengos avatares en la vida de la letra. Pero la poesía lírica no alcanza, por modo total, ese desprendimiento. Y cada poeta, cuando lleva en sí el inocultable sino de buscarse en su intimidad, se revela y se biografiza. Ese es, para nosotros, el valor de* Camino, *con más que las excelencias formales del verso, la originalidad de las imágenes y el proceso de las impresiones que alcanzan aquí un ritmo de conjunto, habrán de reclamar al libro de nuestro poeta, como a uno de los más significativos entre* **los de los últimos veinte** *años de la renovación del canto andino. De haberlo condenado al limbo, no del ineditismo y sí más bien de un rehacio oído a la compilación, Montalvo habría hecho mal. No es la poesía "cartelista", ni el verso que ya deja de ser por lo desarticulado, aun cuando ya no sea de anotarse la verdad de que la poesía vive también en la magnífica anchura de la prosa, como en el caso de Juan Montalvo, que está en los ascendientes del autor de Camino. Verso justo y musical el de Antonio Montalvo, en este su itinerario que va hasta 1.930. Verso que durará, no obstante la fácil mutación de los gustos y precisamente por el natural regreso de los mismos hacia una estética tersa. Verso que se dará a las pautas emotivas que no perecen y que, no obstante su discreta fuga de la publicidad, en época de apresurados novedosismos, ha sido buscado en hojas de revistas y diarios para señalarse afines estados de alma o establecer la plática gustosa con el fino sentido de la intimidad.*

Cuando nos hemos entrado por las páginas de un libro de versos, nos acomete el deseo de ir en pos de su ordenación cronológica, atendiendo sólo a las notas sensibles que muy pocas desorientan con su proceso marcado. La operación no es difícil, sobre todo en los libros de los poetas amorosos, por mucho que la inquietud renovada



Antonio Montalvo

de algunos o el florecer prontísimo de otros, nos extraviaran, en veces, del momento en donde acaba una luna de oro, para comenzar una alba de afirmación o desencanto. En Montalvo hay una firme dirección en el proceso del recuerdo. Se dijera que ha querido borrar las manchas indecisas. Y no es, tampoco, de los que dan a su melancolía o a su tristeza el tono de la "non curanza", prodigado por los poetas del novecientos, Borja, Noboa, acaso Fierro, y después por Silva, melodioso y cinéreo. Templado en horas nuevas, espíritu de lucidez crítica, sabe que la quejumbre es más que de presencia, de agotamiento estéril. Como todo buen poeta, es también un poeta de recuerdo, pero no hay en el suyo desmesurados resentimientos, ni sones élegos de lágrima copiosa. Y sí, más bien, sobre los dos escenarios de su marcha evocativa, la tierra floral de Tungurahua y la ciudad de Quito, hecha de gusto de Colonia y de ambiciones porveniristas, de mañanas azules o tardes en cortinajes de lluvia cernida, está tendiéndose ese presentimiento de esperanza que conviene a la longevidad de los amores, así cuando describe como cuando recuerda. De tal modo vé a la lluvia perfumando la tarde de un encanto triunfal. Y si Ella brota en su sendero como una primavera de luz, en su Sonata de Invierno *hay una "paz celeste" y en el vibrátil impulso de su* El Poema Inútil *la huyente es siempre la que vuelve, venciendo los nombres de las amadas librescas, para el encanto de su "fiesta sentimental". Y aún sus lágrimas son un "rocío trémulo y rutilante" que cae sobre su corazón. Se siente alegre, mientras la ciudad ha tomado una ducha de frío. El ancestro soleado y frutal parece precaverle de las tumideces invernales. Y basta para insinuar esa nota nueva en un poeta de melancolía que no es, por cierto, la brumosa de Rodembach, por que está recalentada por rayos subjetivos y colores alacres de paisaje.* El Canto Prófugo *nos lo ofrece como óleos mínimos. En* Angelus *hay algún toque rembrandesco. Y todos los apuntes de este poemario, así los que se delatan a nuestra urbe sanfranciscana, como los que se tejen en la gama del Miraflores de Ambato, llevan su matiz al propio tiempo que la entrañable pincelada subjetiva.*

Alguna vez quisimos llamar poeta alejandrinista a Antonio Montalvo. Sus Armonías Vernáculas *nos sacan triunfantes. El verso de prosapia ilustre sírvele para el avance de una épica nueva en la que se quedan los cuadros de la naturaleza ecuatorial, en raro concierto de movilidad y de reposo. Hay que remitir al lector al conocimiento del libro. Allí* Baños *el edénico y tormentoso.* Ficoa *en donde se volverían églogas, los aceramientos de Don Juan. Allí la* Feria *goyesca de una ciudad parcelada como pocas. O el trópico de lúbrico impulso, o la romanza que busca, en tono nuevo, las pastorales de Teócrito.*

En su Rincón de Romancero, *sin recordar en absoluto nada de los esmaltes imaginíficos de Lorca, tan cercano y tan alto, el poeta describe casi siempre con sentido terruñal, (Romance de mi tierra, Paisaje). O se dá el madrigal en tono de romance, como en delicado* La Niña de Nácar. *Pero hay uno, logro de autoctonismo, dentro de una forma de universalia:* Romance Muerto *que nuestro gusto llevaría a las antologías. La cita es pobre y el lindo romance reclama la transcripción íntegra:*

Por los senderos del alba
dormida en lecho de trinos,
cien madrugadas anduve
con los galgos de mi ensueño,
—cazador en cacería
romántica de lirismo—
cazando en bosque de encanto
las perdices de un cariño.

Todo el campo era alegría
cuando en el tambor del llano,
sus dianas locas tocaba,
galopando, mi caballo.
Nos saludaban los mirlos
desde los verdes torreones,
aventándonos las flores
del ritmo azul de sus cánticos.

Y aplaudíannos las tórtolas
con la ovación de sus alas,
paralelas con la música
loca y triunfal del galope.
Y los mismos eucaliptos
que escoltaban el camino,
para mirarnos abrían
sus ventanales de bruma.

Reía ya la mañana
en la oración del cortijo.
Por su ventana de cactus
su voz salía a mi encuentro...
No era ella la que mis ojos
alucinados miraban,
era la misma mañana
florecida en su belleza.

Después... a furto nos íbamos,
perdidos por los trigales...
ella: una flor de ternura,
yo, cautivo de su gracia;
ambos bebiéndonos zumo
de amor, de vida y ventura...
ella en mi copa de ensueño,
yo, en la fuente de sus labios.

Así, por cien madrugadas
yo fui amigo de las albas...
Hoy me muerde la nostalgia
de esas venturas, y siento

(Concluye en la página 188).

La cuestión de la India

El suicidio del Mahatma

(De *El Tiempo*. Bogotá, 24-II-43).

Entre la vida y la muerte; entre la muerte, a la que va con serena conciencia, y la vida, que aún pretende conservar, prosigue Gandhi en estos días su ayuno expiatorio; entre la vida y la muerte, entre un ideal de eterno valor humano y una táctica de efímero combate frente a Inglaterra; entre el sacrificio, universalmente sublime, y el suicidio empleado, a la manera asiática, como arma política, continúa su terca abstinencia el septuagenario asceta, rodeado de amigos devotos y de celosos médicos, en una reclusión, si demasiado penosa para un hombre libre, excesivamente cómoda para un mártir.

Mientras el Mahatma se consume silenciosamente como agotada lámpara en un templo, nosotros—a pesar de todo, deseosos de hacerle espiritual compañía—hemos releído sus escritos compilados en un volumen con el título de "La joven India".

¿La joven India? Sin duda, ese rótulo habrá sido puesto por los editores europeos. Ellos oyeron hablar de la joven Italia, o de la joven España, o del movimiento de la joven Turquía... Mas la visión que se advierte en los artículos, cartas y arengas de Gandhi no es la de una India rejuvenecida y modernizada, sino, al contrario, la de un retorno a los tiempos ancestrales de la milenaria civilización nacida en las riberas del Indo y del Ganges.

No se nos revela el Mahatma como un precursor del porvenir: más bien se nos aparece como una sombra venerable del pasado.

Tiene a veces, es verdad, impresionantes relámpagos proféticos. "Esta guerra, más importante que la del Mahabárata—afirmaba al término de la anterior contienda mundial—no ha sido sino el preludio de otra guerra más importante todavía".

Pero, en realidad, la India con que sueña este místico penitente, filósofo desnudo, rezagado gimnosofista, como los que ya encontró allí Alejandro Magno hace veintitantos siglos, sería un país absolutamente primitivo, sin desarrollo económico, sin riqueza, sin industria, casi sin comercio, vuelto a los orígenes de la humanidad, como en aquel tiempo, que evoca el propio Gandhi con nostalgia, en que Adán cultivaba la tierra y Eva hilaba la lana o el lino.

Para él, la salvación de su patria consistirá en que el varón se dedique a la agricultura rudimentaria y la mujer se consagre a hilar, como las damas de la Edad Media, y a tejer en un viejo telar doméstico. El varón, sin ánimo de progreso; la mujer, sin refinamiento de belleza... "Si las mujeres desean que las tratemos como compañeras—dice Gandhi,—es necesario que se resistan a adornarse para agradar a los hombres, incluso al marido."

La redención está en la vida campesina, una vida rústica no servida por la máquina agrícola sino simbolizada en el culto mitológico de la vaca, el rumiante pacífico, "dulce animal, poema de piedad", que ayuda al hombre en su labor, lo nutre con la leche y le enseña a reverenciar a todas las criaturas silenciosas formadas por la mano de Dios.

A la poesía de la vaca une Gandhi, si se trata de la mujer, la música de la rueca. Odia a la máquina, instrumento de la civilización satánica de Occidente. Hay que volver a la rueca y al telar de mano y vestirse otra vez con el "khaddar", el burdo tejido de los antepasados. Llega el Mahatma hasta pretender que la rueca, la rueca de los abuelos, figure como emblema o escudo en la bandera blanca, verde y roja de la futura India!

Con la bandera de la rueca se puede morir santamente de inanición; no se puede triunfar frente a la guerra mundial...

Imaginémonos por un momento el diálogo entre Gandhi y el virrey británico de la India. Son dos seres humanos, ambos de elevada honorabilidad, pero pertenecientes a dos distintas edades de la historia y separados uno de otro por un abismo de varios millares de años.

—Mahatma, ¿qué os proponéis con este prolongado ayuno que se parece mucho a una tentativa de suicidio?

—Excelencia, yo no os odio. Amo a los ingleses; son hermanos nuestros. Pero os pido y les pido humildemente que en el acto os vayáis y abandonéis todos el territorio de mi patria.

—Permitidme que os diga que no veo ninguna conexión razonable entre estos dos hechos: vuestro fallecimiento y nuestra salida. Pero reflexionad un instante, os lo ruego, en que hay muchas probabilidades de que el día en que los británicos nos marcháramos por el oeste, entrasen por el Este los japoneses.

—Ese día yo aconsejaría a mi pueblo que no opusiera resistencia al agresor. No debería colaborar con él. Es el principio de la no cooperación. Debería, en cambio, sufrir resignadamente la injusticia sin apelar jamás a la fuerza para combatirla. Es el principio de la no violencia.

—Dos principios negativos, Mamatma, con los cuales, ciertamente, no impediríais una invasión. Creedme; yo deseo sinceramente ayudaros: una cordial simpatía me acerca a vuestra persona, me une a la India. ¿No podríais presentarme, aparte de esas dos negaciones, un ideal positivo, constructivo?

—Mi ideal es el "Satyagraha".

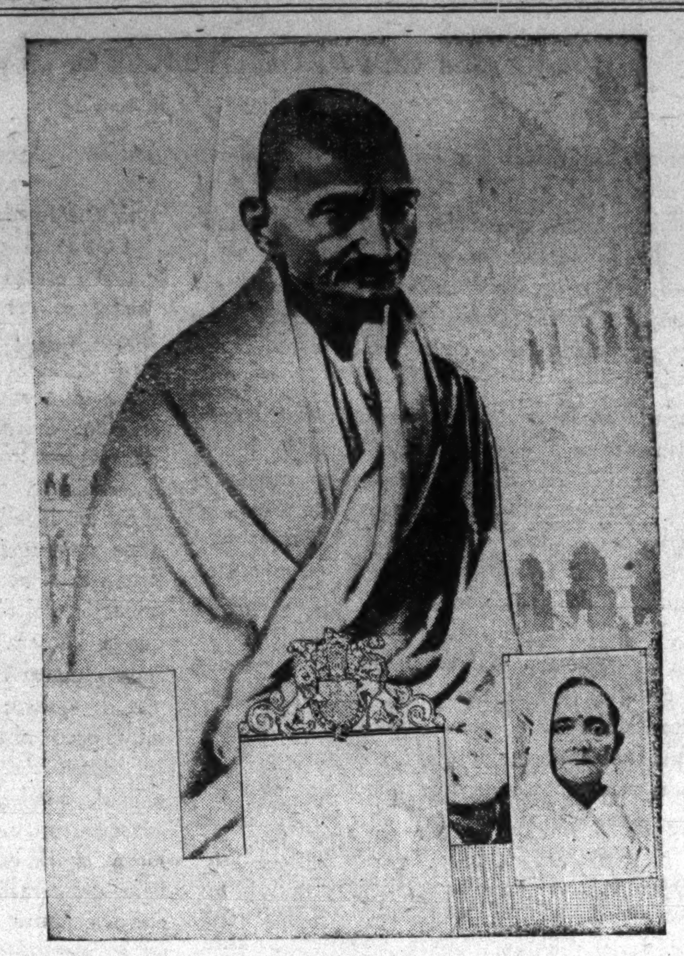
—¿Cómo?

—El "Satyagraha". No podéis entenderlo. Es una palabra creada por mí, que no tiene traducción en vuestras lenguas. Etimológicamente, significa atenerse a la verdad. Se refiere a la fuerza de la verdad. Yo le llamo también la fuerza del alma o la fuerza del amor.

—Los nombres son bellos.

—Más lo es el ideal que designan. No se defiende a la verdad haciendo sufrir al adversario sino sufriendo úno mismo. La no violencia es el estado perfecto. Es la ley de la benevolencia, de la simpatía hacia todos los hombres, hacia todos los seres, hacia todas las cosas... Con este ideal, los hijos de la India conquistaremos la independencia de nuestra nación.

—La India no es una nación. No lo fue nunca en el pasado. Tal vez puede y debe serlo en el futuro. La Gran Bretaña está dispuesta a prestaros su concurso para que la India logre alcanzar, no por un súbito milagro sino por una labor progresiva, la plenitud de su vida nacional. Si hoy os abandonáramos, y aun en el caso de que no cayéseis en la esclavitud de una potencia opresora, lo que sobrevendría en la India no sería la libertad sino el caos. ¿Creéis que ese conglomerado de cerca de cuatrocientos millones de hombres de los más diversos pueblos, razas, castas, idiomas, religiones y culturas, podría, de golpe, organizarse y regirse pacíficamente, bajo un gobierno paternal, absolutamente desarmado, que, como predicáis, en ningún casi ni por motivo alguno recurriera a la fuerza?

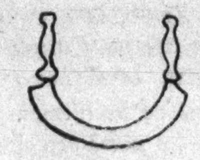


El Gandhi y su esposa

—No sé si eso podría ser. Sólo sé que debería ser. Triunfaría así la ley del amor. Por ella trabajo yo, y me esfuerzo, y estoy aquí, y prosigo ahora este ayuno, y miro impasible a la vida y a la muerte. De lo demás, el porvenir hablará.

—Sí; el porvenir hablará, Mahatma, y dirá que, si fuísteis lo contrario de un hombre de Estado, quedásteis, en cambio, en la memoria de vuestro pueblo como con los dos más bellos nombres del mundo: un poeta y un santo. Pero también el porvenir repetirá sin duda aquellas palabras con que nos hizo justicia, no un amigo, sino el primer canciller de Alemania, príncipe de Bismarck: "Si Inglaterra no contara con su espléndido pasado, sólo la inmensa labor que ha realizado en la India bastaría para hacerla inmortal".

Luis de Zulueta.



Olger Salas, de San Ramón. Como artista, por sí solo se recomienda. Deténgase en la portada de este número; es una madera de Olger Salas. Motivada en el aniversario 38 de la muerte de Dn. *Mauro Fernández* (16, julio, 1905).

El corazón, víscera olvidada

(En el *Rep. Amer.*)

Convendría volver por los fueros de esta víscera olvidada.

Los sabihondos han dicho que lo que los empíricos llaman corazón es cerebro. Que los sentimientos tienen un cierto mecanismo mental y son un conjunto de fenómenos nerviosos dentro de los cuales el corazón entra en funciones como factor secundario.

Cuando en la escuela optan por tratarlo anatómicamente se lo enseñan a uno diciendo que es un músculo hueco dividido en cuatro cavidades y si la pedantería avanza aún más, advierten que esas cuatro cavidades se llaman: dos aurículos y dos ventrículos. Después se va uno para la casa a estudiar todos esos vocablos de memoria para irlos a repetir con un punzón delante de una lámina ilustrativa, señalando venas y cavidades para ganarse una buena nota. Ese cientifismo docente frío y duro, poco explica. Se conforma con las funciones mecánicas del órgano pero lo pospone como centro de algo que no es sólo recibir y distribuir sangre por el cuerpo. Si en lugar de esas explicaciones de dómine el maestro usara del estímulo y la benevolencia como método, si fuera más indulgente con yerros y travesuras, si supiera sonreír enternecido ante las picardías y respetar el dolor o la alegría infantiles, penetrarían los niños más, y de un modo que les daría honda cultura, el sentido de qué cosa sea el corazón.

Pero en este aspecto el empirismo también parece haber producido sabios que hablaron con gran acierto y propiedad: — "Sobre toda cosa guardada, cuida tu corazón" dijo uno; Pascal: —"el corazón tiene razones que la razón ignora" y cómo debió sentírselo Unamuno dentro del pecho cuando vehemente dijo: —"me duele España en el cogollo del corazón". La sabiduría popular que debe ser sabiduría intuitiva o de oído, dice, cuando al caso viene, que "no hay corazón traidor a su dueño."

Tampoco faltó un raro humorista que dijera que "el corazón es un órgano genital". Probablemente por aquello de que en las canciones castellanas "corazón" rima muy frecuentemente con "pasión", seguro el poeta de no estar diciendo con eso mucha mentira. Porque la observación no deja de tener algún contenido. Se refiere a la capacidad selectiva de este órgano particular, y a una tenaz dedicación por lo elegido que parece ir en razón directa con cuanto es adverso, y que viene a constituir, todo junto, el factor primordial de todos los dramas y dramones conocidos, sea que terminen en desenlace favorable o en trágica autodeterminación shakespeareana. Cuando lo leemos sumido en esas peripecias, es él único protagonista que afronta a través de los tiempos y sus diferentes obsecaciones, los sacramentales prejuicios de abolengo, posición, dinero, voto y antagonismos. Toda novela no es otra cosa que el relato de sus hazañas y el romanticismo viene a resultar algo como el paño de lágrimas del corazón cuando sus angustias fueron mayores. A las feroces prohibiciones, al sentido pecaminoso con que la Edad Media envolvía estas cosas, la naturaleza, que "cuando la echan por la puerta se mete por la ventana", haciéndole con esto el juego a la perpetuación de la especie, dió todo ese espectáculo antes pergeñado, moviendo a algún psicoanalista actual a decir que el amor no es más "que la perversión psicológica del instinto sexual", y a Nietzsche, que también debió intuir el asunto de modo parecido, le inspiró aquello de que "el cristianismo envenenó a Eros con intención de matarlo. Eros no murió pero quedó padeciendo de una enfermedad que se llama vicio".

Con lo de que los sentimientos están sujetos a causa y efecto y que pueden analizarse científicamente se creó una ciencia llamada psicología. Según le dicen a uno, la psicología estudia el alma. Pero al hablar de alma, las cosas comienzan a ponerse muy engorrosas, porque hay quienes creen en ella y quienes no creen. Sabido es, por ejemplo, que las controversias entre los metafísicos y los materialistas, entre los nósticos y los agnósticos, entre los idealistas y los positivistas andan con el alma para acá y para allá y que a lo más que llegan es a medio concordar en cuanto a la interpretación del término. Pero si hubiera una ciencia que se llamara "corología" o "cardiología", dedicada a ubicar en ese algo tangible que es el corazón, lo que se atribuye al alma, parece que con muy poco ahondar hallaría causalidad que la justificara porque en el corazón hallaría algo innegable, vital y verídico. Lo que esto sea así es cuestión ratificada por el folklore, el arte, la teología, la filosofía y hasta la política. Porque anhelos del corazón son la libertad y la justicia; y la política jamás tendrá objetivo más alto ni más noble que el logro de esos bienes.

Decía que del acerbo popular se desprende una persistente fe en el corazón. Veamos si no:

—"A donde el corazón se inclina el pie camina."
—"Buen corazón quebranta mala ventura."
—"Con el corazón en la mano."
—"No caber el corazón en el pecho."
—"Partírsele a uno el corazón".

El Evangelio habla de "los mansos de corazón."

Algo de composición sutil es en inglés "sweetheart", y en chino para decir tristeza se dice: —"otoño del corazón."

Pero el corazón es un prisionero de las convenciones. El prejuicio lo tiraniza y la miseria lo estruja y aflige. Gime como niño en orfandad sumido en la nostalgia de cuanto añora y ansía. Recurre alicaído en sus lamentos al peregrino recurso de los romances y cancioneros populares. Oyendo radio se da uno cuenta de que tanto grito y quejido musicado de tan mal gusto como los tangos, indican en el fondo de todo ello un problema que al no hallar solución, en tal forma se desplaza.

Para darse uno cuenta de lo mal que andan las cosas en este sentido cabría una estadística de corazones que tengan y que no tengan la paz y alegría que no debe faltarles. Interpretación realista formuló el que dijo aquello del "valle de lágrimas". Por siglos de siglos el corazón ha esperado justicia en vano. Y probablemente convencido de que sus derechos no estaban primero que los del estómago, no se ha quejado con los chillidos y bravatas de quien sabe llegada ya la hora de las reivindicaciones sino que confió a los poetas y cantores sus amargos quebrantos. Omar Khayyamm habla confidencialmente con el amor, deseoso de cambiar la suerte de todas las cosas "más de acuerdo con el deseo del corazón".

Pero aún está lejano el día de las reivindicaciones del "músculo hueco". Puede que sea por ese defecto del que no adolece, por ejemplo, el biceps, que no las haya logrado y esté despacio en lograrlas. Puede que por no ser músculo capaz de fuerza bruta sino de un suave latir persistente, los corazones de más fina y noble contextura sigan implacablemente condenados al martirio. Corre en esto un destino similar al del cerebro. Con sólo recordar a Galileo y Giordano Bruno hay para comprenderlo. Víctimas fueron ellos de que para la barbarie medioeval la razón demostrable fuera herejía, así como para esa misma barbarie sigue habiendo sentimientos auténticos que son sacrilegio.

Pero si bien se contemplan las cosas, el corazón ha de resignarse a esperar primero que el estómago conquiste la satisfacción de esa su necesidad llamada hambre, para conquistar aquél luego la suya que se llama dicha. Por esa sutil razón se han puesto muchos de los mejores corazones al lado de las luchas que reclaman pan. Por eso también el pueblo dice con juicioso decir: "panza llena, corazón contento" y algo también que corrobora: —"las penas con pan son menos."

Pero el pan se logrará—En un discurso dirigido a la Conferencia de Alimentos y Aricultura dijo Roosevelt: — "...que los niños y adultos reciban la nutrición necesaria para su salud es algo demasiado importante como para dejarlo en manos del mero azar."

En manos del azar quedará el corazón, hasta que un día, el más glorioso de todos los mandatarios que haya tenido la historia del planeta, quizá inspirado en aquello de que "no sólo de pan vive el hombre", dirigiéndose a una Conferencia que se llamará "de la Felicidad Humana", le garantice al corazón su sagrado derecho de sentir libremente.

Emilia Prieto.

Costa Rica, julio 18 del 43.

Hablemos claro

(*Envío del autor*)

México, D. F., 4 de diciembre de 1942

Secretaría de Relaciones Exteriores,
(State Departament)
División de las Repúblicas Americanas.

Washington D. C.

Señor Secretario:

Aunque al semblante de la "Política del Buen Vecino" puesta en vigor por el ciudadano Presidente F. Delano Roosevelt y sus colaboradores, no tiene interés alguno el régimen y la truculenta política interna con que los dictadores indo-hispanos oprimen a los pueblos que infortunadamente gobiernan, me tomo la libertad de remitir a esa Secretaría de Estado de su cargo, con la presente nota, un informe detallado sobre la forma en que se practicaron, el 11 de octubre último, los comicios populares celebrados para elegir a los miembros del seudo-Congreso Nacional que el gobernante de facto, Tiburcio Carías Andino, de Honduras, América Central, ha organizado para dar apariencias democráticas al régimen totalitario que encabeza. El informe adjunto calza la firma del Partido Liberal de Honduras.

Hago el envío a que aluden estas líneas, para que el Departamento de Estado de esa gran república tome nota de los procedimientos antidemocráticos del actual régimen dominante en Hon-

duras, al que dispensa consideración internacional y asistencia moral y económica el gobierno de los E.E. U.U., en momentos en que esta nación, denodada y admirablemente lucha, porque en el mundo imperen la justicia, la libertad y los principios democráticos.

La prensa continental ha hecho notar que la "Política de Buena Vecindad", colocando en segundo plano a los pueblos de América Latina, confiere primera y particular importancia a los gobiernos y gobernantes de la indicada región.

Un mensaje de la Prensa Asociada correspondiente al 17 de octubre retropróximo dice:

"Waldo Frank, conferencista y escritor de libros con temas sudamericanos, aconseja una enmienda a la política del Departamento de Estado, con el objeto de reforzar sus relaciones con los pueblos latinoamericanos, directamente, *en lugar de tratar sólo con los gobiernos.*"

"El Departamento de Estado, según dice el famoso escritor, ha actuado en la suposición de que los gobiernos latinoamericanos son más o menos semejantes al gobierno norteamericano, *en lo que concierne a representar al pueblo.*"

"Esta premisa es falsa en la inmensa mayoría de los pueblos latinoamericanos—asevera Frank —y por lo tanto está equivocada y es peligrosa".

"El Departamento de Estado debe encontrar la manera de fortalecer directamente sus relaciones con los pueblos sudamericanos." (Tomado de "Excelsior" de México, D. F.)

En consonancia con el criterio que antecede, Wendell L. Willkie, dijo al 1º del mes en curso, a un corresponsal de "Excelsior"—(diario de México, D. C.)—cuando el periodista le preguntó, "¿Como ve (Ud.) a los hombres que hoy dirigen la política continental?"

"Esos hombres no me interesan.

"Me interesan los pueblos que ellos representan, me interesa lo que piensa el pueblo, porque los líderes pasan y los pueblos quedan."

La opinión de los dos connotados norteamericanos que acabo de mencionar, se inspira en la realidad del sentimiento y el pensar de los pueblos oprimidos del Nuevo Mundo, que sufren al presente las inenarrables consecuencias de ominosas y odiosas dictaduras.

El Partido Liberal de Honduras, hoy perseguido por la irascible arbitrariedad de un cacique reaccionario, Tiburcio Carías Andino, une sus votos al juicio de los dos representativos estadounidenses de que se ha hecho mención: el escritor y el político.

El Partido Liberal de Honduras, como Frank y como Willkie, desearía que la "Política de Buena Vecindad" pospusiera a los gobiernos, dando preferencia a los pueblos de América Latina.

Atentamente,

Angel Zúñiga Huete.

Av. Industria 208, Apmto. 2
México, D. F.

Que lo resuelvan los jóvenes

(Envío del autor).

Washington, 15 junio 43.
Sr. D. Enrique R. Ramos.
New York.

Mi querido amigo:

gracias por su carta , que me trae algunas noticias de usted y de otros amigos españoles, y por el manifiesto que la acompaña.

Después de pensarlo todo lo bien que he podido (perdóneme la demora involuntaria) voy a contestar a usted, a ustedes con absoluta sinceridad, como es mi costumbre; y espero que esta sinceridad respetuosa no ofenda a Fernando de los Ríos, a Tomás Navarro Tomás, a Julio Alvarez del Vayo, a Pedro Salinas, a usted ni a nadie, ya que lo que yo deseo es no ofender nunca con mi crítica, a otros: pero tampoco ofenderme a mí mismo.

Yo creo que, después de esta guerra (final y comienzo de épocas) sólo los jóvenes que hayan madurado durante ella, y dentro o fuera de ella, sus conciencias alertas y firmes, pueden decidir del porvenir político de sus respectivos países (España, Francia, Italia *y todos los demás*). Mi única esperanza sobre este futuro político está en dicha juventud lograda, y lo poco que mi edad actual pueda ya seguir significando lo pondré con ella si yo estoy vivo cuando llegue el gran momento .

Este advenimiento yo pienso que será en los pueblos que han demostrado vocación de libertad (vida completa) en esta guerra que empezó en España el año 36; y nadie duda que el pueblo español fué el primero, en orden cronolójico y heroico, de estos pueblos que buscaban decidir la catástrofe fatal. Después, otros, China, Grecia, Rusia, Noruega, etc. lo siguieron; lo siguieron, digo, porque no cabe duda de que la guerra de España fué un ejemplo decisivo.

Perdóneme y que me perdonen nuestros otros amigos si les digo que yo creo que *nosotros* no tenemos el secreto justo. Este secreto verdadero nos lo revelarán por sí mismos y sin necesidad de tutelas anteriores los que lo encuentren buscándolo por los caminos que esta catástrofe total humana ha abierto por el mundo. No, *nosotros* no podemos resolver nada por nuestra cuenta. Estamos todos sustentados y movidos por una más profunda, fuerte, despierta remoción fundamental que tiene, sin duda, una independiente voluntad y una idea inmanente. Los mayores de edad, saber y gobierno me parece que no tenemos ya gran cosa que hacer en la solución del mundo en marcha, y que nuestra obligación, nuestro deber y, si ustedes quieren, nuestro derecho, es esperar.

Puede usted hacer el uso que quiera de esta carta.

Con recuerdos a nuestros amigos,, le abraza con mucho afecto su amigo de siempre.

Juan Ramón Jiménez.

"Dorchester House"
2480 Sixteenth St. N. W.
Tel: Adams 0187
Washington, D. C.

Versos de Antonio Montalvo

(En el *Rep. Amer.*)

MADRIGAL DE GONGORA

Mora de los alfanjes asesinos
que dan amor, o crueles, quitan vidas
a los pobres, sedientos peregrinos
que lloran por tus vides frutecidas.

Rara mujer gentil de los divinos
sueños de las venturas no vividas:
van tus gracias, de ritmos y de trinos,
por las albas del mundo, florecidas.

De oro y sándalo carne tentadora,
estás, ángel, flor de ilusión, madura
de armonía, de ensueño y de rocío.

Dejad, por Dios, que beba, linda mora,
en tu lago de encanto, su ventura
el cisne pecador de este amor mío.

ADIOS, EN EL ALBA

Ya la nave del alba, malva y oro,
al mar del horizonte, mar marino,
sus velas entregaba, entre el divino
y agreste matinal, sonoro coro.

Rocío sensitivo fué su lloro
en mi flor de dolor, ya cristalino,
que dió una gracia pía al porte fino
y un virginial sufrir al rostro moro.

Volaban las neblinas por la huerta,
cuando, húmeda de besos y de llanto,
quedóse, ya por siempre abandonada.

Yo la miré, de mi vitral maganto,
al lado de las rosas, desmayada,
como una linda rosa abierta, muerta.

MUJER

Euritmia de la Giralda
Giralda de carne plástica!
Arquitectura de ensueño
todo su cuerpo resume:
morisco ritmo de fuego,
toda la filosofía
armónica de la curva
en la línea de su cuerpo.

Palmera, palmera tórrida
alza dos metros estéticos
de helénica maravilla
sobre el nivel de la tierra.
Se mira bajo las lunas
sus manos —los blancos dátiles—
segando trigo de estrellas
en el trigal de los cielos.

De la matriz de los siglos
viene su encanto inasible.
Sensual deliquio en la música
de oro y cristal de su voz.
Desde las albas del Vinci
nadie la ha visto, Giralda,
ni las vigilias de Goya
ni los ojos de Picasso.

Mis ojos sólo la han visto:
por orilla azul de ritmos
—playas del mar de los cánticos—
yergue su gracia desnuda.
Strawinsky de los vientos
sediento de ensueño arranca
sinfonías de su cuerpo.

YO PIRATA

Espiga de luz de oro, niña zarca
de las dulces miradas pensativas,
por donde va, blanca de velas vivas,
de un ensueño de amor la linda barca.

El cisne de un suspiro, triste, enarca
su vuelo, de nostalgias sensitivas,
al hontanar azul, de aguas estivas,
que platean las lunas de Petrarca.

Si el buzo de tus mares litorales
te halló en tu gruta, perla añil, dormida
entre rosas de nácar y oros fríos,

yo, pirata, en mi nave envejecida
voy a robar tus gracias celestiales
para llenar de amor los mares míos.

VUELO DE GARZAS

Por las frescas orillas de la tarde
anillada de azules horizontes
la nieve de dos garzas sopla el viento
arrancándola al sueño de los Andes.

Ingrávida, inasible y armoniosa,
va por el éter la blanca sinfonía:
grito puro de amor, crucificado
en la crucifixión casta del vuelo.

Destila añil celeste la mar cóncava
cuyas aguas de ritmos pitagóricos
retratan espejismos de distancias.

Pero al morir la tarde se confunde
la nieve coruscante de las garzas
con el nevado polvo de las brumas.

EL TROPICO

Recuerdo de mis días en el trópico... cuando
caracol de mi cuerpo, mi espíritu veía
nostálgico de nieve y olor de serranía
morir a un sol de sangre, en el azul, cantando.

Yungla, la yungla brava, sensual y capitosa
encendía la noche con luz de sus reptiles
y era una pirotecnia con alas y candiles
la fronda del cacao y de la pomarrosa.

El mirtho florecido, poeta y buen felibre
aventando sus flores en la brisa oportuna
conjuraba a su novia romántica: la luna
para enlunar la brama selvática del tigre.

Pero era en la canícula fragante del estío,
cuando los gallinazos de azul estaban hartos,
¡que en las orillas frescas, soñando, los lagartos
tragábanse el crepúsculo fantástico del río.

Allí, pescados de oro bronceado, las montuvias
—sirenas de las ondas vernáculas, sirenas
elásticas y bellas— sobre las aguas rubias
retorcían sus torsos de las pieles morenas.

A veces deshilábase la luna en blancas hebras...
Daba el cuervo sus gritos y las ranas los suyos,
mientras la romería de luz de los cocuyos
iluminaba el silbo de amor de las culebras.

Belleza en la noche hórrida y en el fulgor del día:
bajo cielos de añil y el horizonte gualda
un vuelo luminoso de loros de esmeralda
regaba en el espacio su loca sinfonía.

Y era alegre la risa de los amaneceres
destapando sus pomos sensuales de fragancia.
Las palmeras erguidas, como lindas mujeres,
desnudas bajo el cielo cimbreaban su elegancia.

La selva misma daba su himno de maravilla
y en la hora azul del ángelus romántico o maganto
era bello tumbarse sobre hamacas de encanto
y hundir los sueños íntimos en humo de vainilla.

Antonio Montalvo.

Quito, Ecuador.



Itinerario de...

(Viene de la página 184).

golondrinas de tristezas
volar en todo mi espíritu,
y el trote de mi caballo,
galopando en mi recuerdo.

En Horizonte Arcaico, *apunta un gongorismo renovado. Tentación de finura esta, de alquitaramiento, de búsqueda metafórica. Son los mejores sonetos de Montalvo. Se han trazado, sin duda, con el lápiz tenso y nervioso que se afila en la prora de los treinta años. Paisaje inquieto y sereno, sin paradoja. Amor sabroso, la delicadeza no aladea el encuentro de la mujer y ella se anuncia entre vuelos de garzas o entre los óleos de los paisajes viriles.*

El libro se cierra con algunos cantos que rozan la epopeya: Canto al Mar de Colón, *que es la gesta del Descubrimiento, y* Bolívar, *nuestro hermano heroico, flaco y poeta, digno de ser hallado en el verso, como que él mismo viajó del madrigal de seda a la fuerza épica del trote y de la diana.*

No amical devoción que hiperbolice los términos. Leído el libro de Antonio Montalvo, anotado con distancia, la impresión que nos queda es la de que en Camino *hay poesía, emoción y música, modernidad no echada a perder por ningún snobismo, y de que al cabo de la depuración de las épocas, Montalvo habrá de quedar entre los más bien dotados poetas de las últimas generaciones del Ecuador.*

Quito, octubre de 1942.

Mont d'Or

(Portador de conocimientos nuevos)

Próximamente, el Prof. *Lorenzo Vives* dará, en la Rectoría de la Universidad, un curso de diez lecciones sobre

El Zodíaco

génesis, simbolismo y proyecciones místicas.

(Con el beneplácito del Honorable Sr. Rector, don Alejandro Alvarado Quirós).

Repetir lo que ya se sabe, nada promueve en el plano de las ideas. Explicar cuestiones que hasta hoy quedan con interrogante, es preparar el advenimiento del hombre nuevo.

Si Ud. se siente interesado y desea conocer el itinerario que seguirá el curso, pida el cuestionario al teléfono 4519, a este *Repertorio* o a la Secretaría de la Universidad. Estamos seguros de que una vez que conozca los puntos que se considerarán, se inscribirá.

El costo global del curso es de ₡ 20.00. (Los alumnos de la Universidad disfrutarán de un 30% de descuento).

Horas de clase, de 8 a 9 de la noche, para que puedan asistir aquellas personas que se hallan ocupadas durante el día.

Otros cursos a dar:

La sombra y la realidad en la Ciencia
(Algo acerca de la relatividad)
La continuidad en la Historia
(Estudio comparativo de los pueblos heliolíticos: iberos etruscos, vascos, egeos, egipcios, súmeros, hititas, dravidas, toltecas, aztecas, mayas, e incas).
La evolución en Biología
(Armonía entre la selección natural, la adaptación ecológica y las mutaciones bruscas)
Ciencia y Filosofía
(Problemas actuales explicados según una nueva concepción filosófica de la vida)

Teléfono 4519.

Noticia de libros

(Indice y registro de los que nos envían los Autores, Centros de Cultura y Casas Editoras)

Atención de los autores, que mucho agradecemos:

Sigfrido A. Radaelli: *Ejercicios.* Bs. Aires. 1942.
(Lo recomendamos).
Con el autor: C. Pellegrini 485. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Xavier Villaurrutia: *Autos profanos.* Con un retrato del autor por C. Orozco Romero. Ediciones *Letras de México.* México, D. F. 1943.

Juan Ulloa: Vidas humildes. Cuentos salvadoreños. San Salvador. El Salvador. 1943.
Con el autor: Ilobasco, El Salvador.
(*"Las presento con la misma voz con que las oí y con la misma tragedia con que me las encontré un día por mi sendero. . ."*).

Vicente Azar: *Arte de olvidar.* Con un apunte a lápiz del autor, por Carlos Quizpez Asin. Ediciones *Palabra.* Lima. 1942.
(Son poemas).

Enrique Finot: *Historia de la Literatura Boliviana.* (Dibujos originales de José Arellano Fischer). Porrúa Hnos. y Cía. México. D. F. 1942.
(*". . . es una contribución al estudio de la intelectualidad hispanoamericana y un tributo a la cooperación que con tanto empeño se viene reclamando en los últimos tiempos, como el medio más eficaz y de alcanzar el conocimiento mutuo, la más estrecha aproximación y el mejor entendimiento entre los pueblos del continente"*).
(Con el autor: Legación de Bolivia en México, D. F.)

Francisco Méndez y Antonio Morales Nadler: *Romances de tierra verde.* (Carátula de Yela Günther). 1938. Guatemala, C. A.

Jorge Icaza: *Media vida deslumbrados.* (Novela). Quito. 1942.
Con el autor: Mejía 78. Quito. Ecuador.

Antonio Martínez Bello: *Notas para un Sistema de Estética.* La Habana. 1940.
(En el prólogo dice Miguel Angel Carbonell: *Martínez Bello posee sagaz enfoque discriminativo, poder de síntesis y de abstracción, fortaleza y seguridad en las conclusiones, y una honradez de juicio que le distingue de los farsantes que pontifican en esta hora, de tan hondas preocupaciones para los espíritus animados por el ideal*).

Ana Lara de Vázquez: *Clubes de Niños.* La educación a través del juego dirigido. Imp. Nascimento. Santiago. Chile. 1942.
Con la autora: 5ª Avenida 099. Lo Ovalle. Santiago de Chile.
(*"Desgraciadamente, en nuestro medio chileno, que es, por otra parte, común a los demás países de América, el hogar casi no existe, porque la base fundamental de él es la familia y una casa que tenga el mínimum de confort y que constituya un centro de atracción para el niño"*).

Miguel R. Utrera: *Nocturnal* (6 estancias de la noche en el pueblo).
San Sebastián. Estado Aragua. Venezuela. 1940.

Juan Marinello: *Maceo: líder y masa.* La Habana. 1942. 2da. edición.

Alfonso Rochac: *El crédito rural.* 3ra. edición aumentada. San Salvador. 1942.

Pérez Galdós...

(*Viene de la página* 178).

tesis histórica de sus temas. Lo consiguió casi siempre, y fue más lejos aún, porque su espíritu — madrileño hasta la médula—tenía pulso universal. Y es que, cuando un escritor puede manifestarse en la plenitud con que lo hizo Galdós es porque interpreta exactamente el clima social de su tiempo, porque él mismo es capaz de transformarse en una fuerza social. Así este hombre bueno, que no discrepa, que habla con dulzura y ecuanimidad, inocula indispensablemente en el lector sus ideas, sus puntos de vista humanos y llega a adquirir, en espíritu de crítica y de protesta, una categoría análoga a la de Gracián en el siglo xvii, Cadalso en el xviii y "Fígaro" a principios del xix. Yo creo que si a Galdós se lee hoy con la misma emoción que hace cuarenta años, es porque no sólo era el buen viejo de voz apagada y un poco temblona. Eso le hubiera dado el éxito momentáneo, la venta. Pero Galdós llevaba a España en el corazón, le dió jerarquía y acento, y de una palabra sin ecos hizo un nombre que ya no podía pronunciarse sin emoción.

La generación de Galdós corresponde a la de los realistas franceses. Por este motivo, y con ese afán de querer hacer creer que los españoles importaban de Francia desde los reyes y las máquinas de coser hasta las ideas, muchos le presentan como imitador de Balzac —su antecesor— o de Zola. No es cierto. La escuela realista tiene más solera en España que en Francia, porque realista es nuestra novela picaresca. Es claro que el realismo del siglo pasado es distinto al del siglo xvi. En aquél aparece el elemento social, desconocido en éste; es decir, el sentimiento de una realidad ideal y superior sobrepuesto a la realidad tangible y periférica. Pero Galdós vivió en la época en que este elemento irrumpió en la vida española. Lo vió, lo palpó, lo asimiló maravillosamente, antes y con más emoción que Zola. Si se hubiese adscrito a una escuela ajena, externa, no hubiera sido no sólo el historiador de la sociedad de su tiempo, sino también el creador de tipos proféticos que en los días de "La Gloriosa" existían en estado embrionario solamente y que no se desarrollaron por completo hasta después de 1874.

No sé si se habrá estudiado a fondo, de una manera sistemática y sustantiva, la obra de Galdós. Me parece que no y que tal vez ésta sea una buena coyuntura para hacerlo: ahora que está de actualidad en América y que se cumplen cien años de su nacimiento.

Interamericanismo democrático...

(Viene de la página 183).

discurso de Monterrey, ha ratificado una tesis fundamental de los que queremos una Buena Vecindad Democrática y justa con los Estados Unidos sin menospreciar la mutua cooperación de ambas Américas, tan necesaria para la paz y para el progreso del Nuevo Mundo. Y dice el "Times":

Si los dólares norteamericanos pasan la frontera del Sur, deberán hacerlo en condiciones satisfactorias tanto para el que presta como para el prestatario.

Y en estas sencillas palabras radica todo el secreto de la Buena Vecindad Económica entre los Estados Unidos del Norte y los Estados Desunidos del Sur. Cumplida la regla que ellas comportan se resolvería el problema del desequilibrio inversionista y sus inevitables complicaciones políticas. Se establecerá un organismo inter-americano de control de las inversiones de acuerdo con las necesidades de cada país, y, así, la ayuda económica que necesitan nuestras repúblicas se cumpliría en *función bilateral*. Consecuentemente, el imperialismo como dinámica de expansión perdería su peligrosidad. Y la Diplomacia del Dólar, y el Panamericanismo cohonestador de todas sus inmoralidades, serían reemplazados por el *Interamericanismo Democrático sin Imperio*.

El Vice-Presidente Wallace dijo en su discurso irradiado el día de las Américas estas palabras expresivas que deben repetirse para que no se olviden:

He manifestado a muchos latinoamericanos en respuesta a sus preguntas, que en cuanto concierne al gobierno de los Estados Unidos, la era del imperialismo económico y de la Diplomacia del Dólar ha terminado para siempre...

Tan magnífica promesa, claro esta que puede ser objetados por quienes con justicia desconfíen de un cambio de partido y de política en el Gobierno de Washington. Y tienen razón. Pero para ayudar a que lo ofrecido se cumpla debemos todos los buenos ciudadanos de Indoamérica relievar las palabras de Wallace, confirmadas por Roosevelt en México y refrendadas por el Sub-secretario de Estado en el discurso del 14 de abril. Y "tomarles la palabra" con plena conciencia del histórico significado de sus afirmaciones.

Por otra parte precisa, para nuestra tranquilidad, un gran movimiento de opinión continental pidiendo a los líderes del G. O. P. o Partido Republicano de los Estados Unidos que confirmen también su adhesión no sólo al enunciado teórico de la "Buena Vecindad" sino al primero de sus postulados reales: la expresa declaración antiimperialista y de repudio de la Diplomacia del Dólar. Inspiró este propósito al Partido Aprista Peruano cuando dirigió una carta abierta a Mr. Wendell Wilkie invitándolo a venir a nuestros pueblos. Si él viera aquí lo que supo ver en Rusia y en China, descubriría seguramente, que no hay posibilidad de Paz y Democracia sólida en este Hemisferio si se intentara mantener el Imperialismo económico y la Diplomacia del Dólar. Y para que no se repita lo que ocurrió al fin de la Guerra anterior, —cuando el dramático eclipse de los ideales democráticos wilsonianos—, estamos en el deber de exigir seguridad. Sería, de nuestra parte, signo de madurez política y prueba de inteligente previsión.

Ha dicho el Presidente Roosevelt en Monterrey:

Durante los últimos 10 años las 21 repúblicas de América han establecido un sistema de colaboración que se ha convertido en un gran baluarte para la defensa de nuestro patriotismo y de nuestro porvenir. Ese sistema cuya eficacia es evidente hasta para los mas escépticos, se funda primordialmente en la renuncia al empleo de la fuerza y la exaltación de la justicia internacional y el respeto mutuo como norma principal de conducta por parte de todas las naciones.

Y ha añadido en el mismo discurso palabras mas precisas, cuyo extraordinario significado es singularmente digno de reflexión por lo que ellas entrañan de revolucionario en lo que atañe al sistema de relaciones entre ambas Américas:

Sabemos que el día de la explotación de los recursos y del pueblo de un país para beneficio de un grupo ha pasado a la historia. Ya es hora de que cada una de las repúblicas americanas reconozcan que hacer daño a una de esas repúblicas significa hacerlo a todas. Todos nosotros hemos reconocido el principio de la Independencia. Ya es hora también que reconozcamos el de la Interdependencia: uno y otro.

En estas nutridas expresiones afloran tres afirmaciones ciertamente no escuchadas antes, así en términos tan netos, de un Presidente de los Estados Unidos: la declaración antiimperialista; la afirmación de solidaridad irrestricta; y el nuevo principio coordinado de *Soberanía e interdependencia*. Por ellos, la Doctrina de Buena Vecindad sale ya de la brillante nebulosa auroral y comienza a definirse.

Por su sentido político, el discurso del Presidente Roosevelt va mucho mas lejos que todos los que se han pronunciado hasta ahora. Rebasa la limitada y un poco anacrónica interpretación de "soberanía" que anunció el Subsecretario Welles, en términos por absolutos rígidos el 14 de abril y reconoce ya que una vez garantizada a nuestros pueblos la abolición del intervencionismo imperialista, surge el principio de interdependencia. Es el corolario de un inter-americanismo democráticamente equilibrado.

Porque la Buena Vecindad —ya está dicho, no supone soberano aislamiento de cada vecino para disponer dentro de la casa de la vida y hacienda de los que la habitan. La Buena Vecindad inter-americana supone la primacía ineludible de *normas democráticas tanto en la relación de los Gobiernos entre sí como en la relación de los Gobiernos con sus ciudadanos*. Implica, por ende, interdependencia y coordinación; limitación del anticuado concepto de soberanía aislacionista; mutua intervención moral al servicio del mantenimiento de la Democracia con Paz y Justicia, y un Plan articulado político-económico que eslabone y dinamice la función de las tres soberanías inseparables: *soberanía popular, soberanía nacional, soberanía continental.*

Sin la primera—expresada en las Cuatro Libertades como norma de gobiernos democráticos popular y libremente elegidos—, la soberanía nacional es falsa y es peligrosa. Ella cohonesta tiranías, excusa xenofobias y factura odios y guerras. Sin una efectiva y moderna soberanía nacional, basada en la soberanía del pueblo, la soberanía continental está siempre en peligro. Sin las tres en acción e inter-dependencia, no hay solidaridad, ni democracia ni paz.

De allí que, a medida que los grandes líderes norteamericanos van dando mas positivo contenido a la doctrina de Buena Vecindad, el pueblo de Indoamérica y sus organismos representativos de opinión estén en el deber de valorarlos y estimularlos. Al mismo tiempo, es cada día más perentorio que respondamos a las condenaciones del Imperialismo formuladas por los dirigentes de los Estados Unidos con el lema constructivo que recusa toda Diplomacia del Dólar y todo falso concepto de soberanía:

Interamericanismo Democrático sin Imperio.

Incahuasi, abril de 1948.

Discurso del Sr. Ministro de Instrucción Pública, don Anastasio Alfaro, en el acto de inaugurar la estatuta de don Mauro Fernández

(De *La Gaceta*. San José de Costa Rica, 17 de setiembre de 1918).

Señores:

Todos los años nos reunimos el 15 de setiembre para celebrar el día de la patria, con cantos escolares y festejos propios de la cultura alcanzada por nuestra pequeña agrupación social, y vamos dejando consignado el escalonamiento del progreso, unas veces en códigos, exposiciones industriales, planteles de enseñanza, ferrocarriles, puentes y caminos. Todas esas obras se transforman y modifican según las necesidades, y de algunas sólo conservará la posteridad, al correr de los años, su recuerdo en las crónicas que guardan las bibliotecas públicas; quedarán sin embargo, para los siglos venideros, los monumentos en bronce levantados a nuestros grandes hombres y a la epopeya centroamericana, porque éstos constituyen joyas valiosas depositadas con amor en el regazo de la patria.

Ascendiendo la colina sagrada del culto nacional, dejamos al pie, allá en la provincia de Alajuela, la figura de Juan Santamaría, como centinela avanzado, que sacrificó su vida por salvar a la República de la dominación extranjera; luego aparece el monumento destinado a conmemorar la heroica lucha de 1856, donde las Repúblicas de Centro América se unen en abrazo fraternal, como símbolo augusto del derecho a la vida que tienen las pequeñas nacionalidades; más arriba vemos levantarse, en la ciudad de Cartago, la estatua de don Jesús Jiménez, que representa la integridad de nuestros Gobernantes, empeñados todos, en el momento histórico que a cada cual le ha correspondido, por mantener siempre en alto el pabellón tricolor, emblema de nuestra vida independiente.

Nos faltaba consignar también en bronce el adelanto alcanzado por la educación del país, motivo de orgullo legítimo para Costa Rica; por eso viste hoy la República su traje de gala para colocar sobre el basalto de nuestros volcanes, la imagen atrayente del Licenciado don Mauro Fernández, quien desde el Ministerio de Instrucción Pública supo marcar un derrotero fijo a la enseñanza, que nos lleva a la cima donde imperan la Ciencia y el Derecho, ideales perseguidos por los pueblos más civilizados de todos los tiempos.

No ha querido el Gobierno que este Monumento se levante en virtud de una disposición oficial: la voluntad del país, manifestada por la prensa hace algunos años, inició la idea, recogió los primeros donativos de particulares, y honró al Ministerio de Instrucción Pública con el encargo simpático de dirigir el movimiento entonces iniciado, para que formase una Comisión encargada de recibir las ofrendas, y de cultivar esa planta espontánea de la gratitud de la República hacia el hombre que dedicó los mejores años de su vida al servicio de la juventud y de la patria. En noviembre de 1916 se iniciaron los trabajos; los donativos de adultos y escolares vinieron de todos los pueblos, y hoy la Comisión que tengo el honor de presidir, entrega al Estado como florescencia preciada de la voluntad nacional, el Monumento que el país anhelaba levantar a uno de sus más esclarecidos servidores. Dificultades imprevistas de última hora no han permitido la colocación de los bronces decorativos del pedestal; mas este mismo sol de setiembre dorará seguramente con sus rayos el conjunto terminado en sus menores detalles.

En mi calidad de miembro del Gobierno debo acallar los impulsos personales por levantar tan alto como mi escaso valimiento lo permitiera el nombre del Licenciado don Mauro Fernández, grande como jurisconsulto, grande como parlamentario, como hacendista, como orador notable, pero más que todo como organizador de la enseñanza y como modelo de virtudes públicas y privadas; si mis palabras no lo dicen, la conciencia de mis conciudadanos lo pregona, por todos los ámbitos de la Nación: en cada piedra, en cada partícula de bronce de ese Monumento palpita el alma de nacionales y extranjeros, que ofrecieron libre y espontáneamente su valioso concurso moral y material, para llevar a la práctica la justiciera iniciativa de la prensa.

Quiso la Comisión organizadora secundar la voluntad nacional dando a la obra un carácter genuinamente costarricense, y al efecto encargó su ejecución a nuestro escultor Juan Ramón Bonilla, quien ha usado modelos, materiales y fundición del país, esfuerzo inaudito, intentado por primera vez en Costa Rica y llevado a su coronación con éxito admirable.—Hay, sin embargo, un detalle precioso a que debo referirme: la estatua se ha fundido con el bronce de los viejos cañones que en otro tiempo atronaron el aire en celebración del 15 de setiembre y que hoy permanecen mudos, en santo recogimiento, tal es la función de la materia cuando el ingenio humano la transforma y la obliga a remontarse, extendiendo sobre nosotros las alas espléndidas del Arte.

¡Jóvenes escolares! descubrid la imagen de vuestro protector y colocad a sus pies el homenaje de flores que el país entero le tributa.

He dicho.

Don Mauro Fernández en la estatua que meses más tarde derribó la discordia civil...

(Proyecto de *Juan Ramón Bonilla*).

EDITOR: J. García Monge. CORREOS: LETRA X TELEFONO 3754 En Costa Rica: Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — *José Martí.*

DOS TOMOS: $ 5.00 Giro bancario sobre Nueva York — EXTERIOR: UN TOMO: $ 3.00 oro am.

Teatro de pasos contados

Autos Profanos

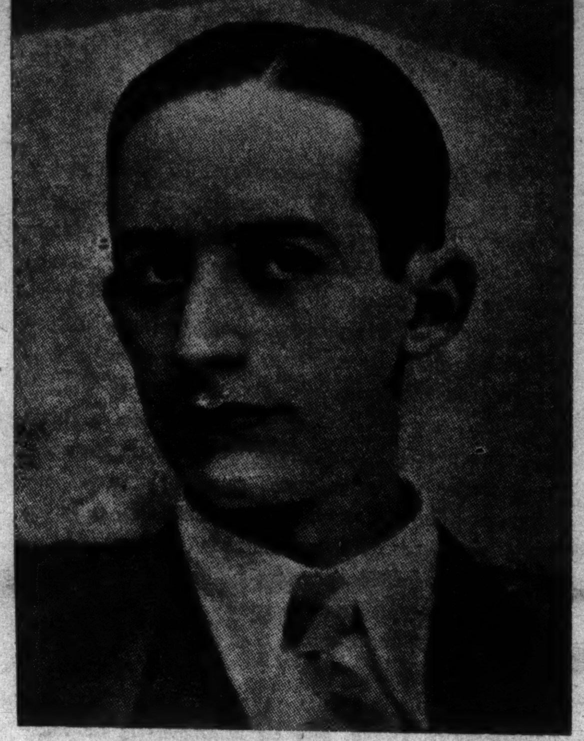
Por **Juan Rejano**

(De *El Nacional*, México, D. F. 10 abril 1943).

En un volumen editado recientemente por la revista *Letras de México* ha recogido Xavier Villaurrutia cinco piezas breves de teatro con el título general de *Autos Profanos*. A cada una de las cinco piezas el autor le ha añadido un subtítulo que la define y sitúa dentro del género dramático. Estos subtítulos son: un enigma, un misterio, una farsa, un epílogo y un mito. Algunas de estas obritas han sido representadas ya. Otras esperan la ocasión de serlo. Villaurrutia declara en el prefacio del libro: "Escribí estas obras en un acto en el tiempo heroico de los teatros experimentales—Ulises, Teatro de Orientación, Teatro de Media Noche,—que los escritores de mi generación pusimos en pie frente a los inflexibles teatros profesionales". Es decir, la intención del creador de estos *Autos*, al escribirlos, como la de otros escritores del país, fue comenzar a construir un teatro mexicano, libre e independiente, para oponerlo a las conveniencias de las empresas o de las compañías, más interesadas en seguir utilizando el teatro importado de España que en alentar y dar paso a los jóvenes dramaturgos de México.

No hace mucho tiempo publiqué en estas mismas columnas unas ligeras reflexiones sobre el teatro mexicano. En ellas recordaba al lector cómo ha sido la escena el último recinto donde lo colonial ha podido previvir en México, hasta hace sólo unos años, y cómo, frente a este fenómeno retardatario, han sido unos cuantos escritores jóvenes, entre ellos Xavier Villaurrutia, Rodolfo Usigli, Celestino Gorostiza y, otros, los que más inteligentemente han reaccionado, buscando la aparición de una literatura dramática nacional y, a la vez, un vehículo adecuado para corporizarla. Estos *Autos Profanos* que ahora se editan vienen a confirmar lo expuesto. En ellos hay una línea de aspiraciones que se enlaza con el teatro honesto de cualquier país y, sobre todo, hay un contenido de mexicanidad que, no por el color ni las formas externas, aunque sí por el valor poético de la creación, revela una gran posibilidad, una esperanza para los destinos del teatro en México. No por diminutas son menos interesantes y bellas estas obras de Villaurrutia. El propio autor advierte lúcidamente: "Difíciles por su aparente sencillez, las piezas en un acto equivalen, en un juego de retórica comparadas, a formas tan concretas, sostenidas y peligrosas, como el soneto. No hay mejor disciplina para un autor dramático que someterse a la prueba de las obras en un acto. Todo en ellas debe caminar con pasos estrictamente contados." Con esos pasos ha caminado en esta ocasión Xavier Villaurrutia. Y al final del camino nos ha podido dejar una cosecha de finas y jugosas hojas. Más de una vez se me ha hablado de la diferencia del Villaurrutia poeta y el Villaurrutia autor teatral. Se dice que entre aquél y éste hay fronteras inexplicables. Yo, en realidad, no las veo. Naturalmente que la *actitud* del poeta lírico nunca es la misma que la del poeta dramático. Los puntos de partida son distintos, y el desarrollo de los propósitos también. Villaurrutia, poeta lírico, ha creado un breve mundo de sutiles esencias, en el que la palabra —como en toda gran poesía—juega un papel fundamental y en el que los temas profundos, cual es el de la muerte, pasan por nuestro espíritu como un soplo revelador, angustiado, indetenible. Villaurrutia, poeta, dramático, ha tratado, en primer término de expresar el alma mexicana universalizándola y, en segundo, de volver a darle al teatro su carácter amplio y popular, su condición de espectáculo para grandes núcleos. ¿Es ésta la diferencia que se insinúa? Yerran los que tal la consideren. Nunca, en las grandes épocas de su esplendor, fué el teatro un círculo estrecho minoritario: antes bien, ensanchó sus límites hasta donde fué menester. Hasta donde lo exigieron las apetencias del pueblo. El autor teatral no debe encogerse de hombros ni amedrentarse ante las críticas estrepitosas del público. No tiene derecho tampoco a guardar su pensamiento sólo para unos cuantos. En sus obras refleja la vida individual o colectiva de un pueblo, y está obligado a devolverle a éste, en monedas de arte, lo que de él recibió. Un gran poeta del siglo XIX describía así el teatro en tiempos de Esquilo: La multitud es ya para Esquilo lo que más tarde—como lo comprueba el prólogo de las *Báquicas*—será para Plauto: un montón de hombres sentados en las bancadas, tosiendo, escupiendo, estornudando, haciendo ruidos con la boca y muecas con la cara, *ore concrepario*, tocándose la frente y conversando de sus asuntos". El mismo poeta pintaba el teatro en tiempos de Shakespeare de esta manera: "En tanto que los actores gesticulaban y declamaban, los gentilhombres y los oficiales, con sus penachos y sus alzacuellos de encaje de oro, de pie o en cuclillas sobre el tablado, a gusto en medio de los comediantes fastidados, reían, vociferaban, entablaban discusiones, se arrojaban los guantes a la cara, o jugaban al *post and pair;* y abajo, en la sombra, sobre el empedrado, entre los potes de cerveza y las pipas, se divisaban los "hediondos" (el pueblo). Fué por este teatro por donde Shakespeare penetró en el drama".

Claro está que, entre aquel público de antaño y el de hoy, sí que existen diferencias. Pero el problema esencial es idéntico ahora como entonces. Los dos más grandes dramaturgos de todos los tiempos, Esquilo y Shakespeare, escribían para el pueblo. Y su teatro se representaba ante el pueblo. Algunos ridículos o pedantes han intentado en nuestro tiempo volverlo a los grupos de selectos. Su fracaso ha sido tan grande como su pecado. El teatro mexicano podrá llegar a ser un gran teatro entendiéndolo de este modo. Entendiéndolo como Villaurrutia y otros escritores mexicanos. Decía un ilustre escritor francés que el teatro es un gran crisol de civilización, un vínculo de comunión humana, que forma el alma pública. Los propósitos de estos *Autos Profanos*, como de otras obras mayores de Villaurrutia, son precisamente esos. Llevar a la escena el carácter, las costumbres, el espíritu de México, diluidos en el sentimiento universal dentro de las formas y del lenguaje que entienden todos los hombres. Y hacer que todo ello llegue al profano y al iniciado, al vulgo y a la *elite*, que es en definitiva la única manera de alcanzar en arte una altura considerable.



Xavier Villaurrutia

En la *Memoria de Instrucción Pública* del año 1920 (Imp. Nacional. San José, Costa Rica, 1920), en la página 83 nos hemos hallado esta carta:

San José, 4 de marzo de 1920.

Sr. don Guillermo Casasola

Celebro mucho que continúe el abrigo escolar *Mauro Fernández*. De ese modo es como se perpetúa y enaltece la memoria del prócer. En su nombre, Uds. le sirven de la mejor manera a la patria, como es la de cuidar, la de proteger a los niños desvalidos. Lo que Uds. hacen realiza en parte el programa de una sociedad más amplia, de una Sociedad Protectora del Niño, que tanta falta nos hace. Los felicito y adelante.

De Ud. muy atento servidor y amigo,

J. García Monge.

Pregunta en 1940: ¿Siguió funcionando el abrigo escolar *Mauro Fernández*...?